

JUAN RODRIGUEZ FREILE

(CRONISTA COLONIAL)

Escribe: J. ENRIQUE CUERVO ESCOBAR

INTRODUCCION

Juan Rodríguez Freile —1566-1638—. Aspirante al sacerdocio, soldado en los albores de la Conquista y más tarde hombre pacífico, que cambió las armas por instrumentos de labranza y en la vejez por la pluma, escribiendo sobre la “**Conquista y Descubrimiento del Nuevo Reino de Granada...**” (El título completo equivale al índice 1), crónica santafereña que ha pasado a la posteridad con el título familiar de “**El Carnero**”.

El tiempo en que Rodríguez Freile escribió su obra está saturado —por así decirlo— del movimiento barroco que formó época “por excelencia” durante el siglo XVII y principios del XVIII —1630-1740— movimiento que era, no solo una nueva tendencia literaria y plástica, sino una nueva actitud ante la vida, que afectó modas y costumbres, ideas y sentimientos, lenguaje y artes. Todo lo humano es más o menos barroco en nuestro Seiscientos (2).

Respecto a la tendencia que siguió Rodríguez Freile en su obra, Germán Posada Mejía dice: en propiedad, Rodríguez Freile solo pertenece temporalmente al ciclo barroco: en él se prolonga el ciclo anterior, o más bien, su espíritu original escapa a toda clasificación. Por ser el más antiguo de los cronistas en el Nuevo Reino, inicia este nuevo ciclo, en que hay un viraje del sentimiento histórico: una —no bien estudiada— diferencia de actitud ante América, con respecto a los cronistas anteriores. Un sentirse ya producto criollo, modelación del barroco indiano; (3), con razón Ricardo Nieto Navia lo llama criollísimo escritor —y— uno de los más perfectos ejemplares de su época (4).

Aunque no se sabe a ciencia cierta cuál fue su preparación cultural, aún más, excepto de algunos pocos datos sobre su mocedad su nombre vive en el olvido, hasta cuando escribe su libro en el cual intercala algunos pocos pasajes que pueden considerarse como autobiográficos.

Su obra es de gran valor para conocer los acontecimientos peculiares ocurridos en la segunda mitad del siglo XVI: es el retrato sin ambages de la sociedad, con sus vicios y sus virtudes.

La obra de Rodríguez Freile fue sacada a la luz por el periodista y hábil polemista Felipe Pérez, quien publicó dicho manuscrito con un juicio en donde juzga que dicho libro es superior al país y a la época en que se escribió, llamándolo “una maravilla del talento” digna de lo por las condiciones personales del autor. Felipe Pérez asegura que “en España misma no se encontrarían mejores sobre asuntos históricos con la fecha del siglo XVI o principios del XVII.

Don Antonio Gómez Restrepo rebate esta afirmación y es así como cita obras del último tercio del siglo XVI, tales como la “Guerra de Granada” de Diego Hurtado de Mendoza; la “Historia de España” que Mariano publicó en 1601; la “Separación y Guerra de Cataluña”, de Fco. Manuel de Melo, que los considera superior a la obra de nuestro cronista (5). Pero si Pérez se aventuró a considerarla como una maravilla de talento y superior a la época, lo hizo teniendo en cuenta las condiciones personales del autor, aún más, su preparación, el medio social en que vivió, además el tiempo transcurrido entre las escenas y el momento en que se escribió, teniendo también en cuenta la edad de Rodríguez Freile. El nos dice en el Cap. II: “...al tiempo que escribo esto me hallo en edad de setenta años, que los cumpla la noche que estoy escribiendo este capítulo...”

Sea lo que fuere este libro es un vivo cuadro de la vida y de la sociedad santafereña, la relación —como lo dice *Al Lector*— suscita y verdadera, sin el ornato retórico que piden las historias... solo se hallará en ella desnuda la verdad”. Aunque “su palabra no es la más verídica... su tono es el más sincero... es libro único en la historiografía colonial hispanoamericana (5) y de gran valor para conocer esa época de nuestra historia.

DATOS BIOGRAFICOS

Juan Rodríguez Freile nació el 25 de abril de 1566 “en esta ciudad de Santafé de este Nuevo Reino de Granada, de donde soy Natural” (6). Fueron sus padres Juan Freile y Catalina Rodz, quienes llegaron a este Reino con el Obispo Fray Juan de los Barrios en 1553, según nos lo cuenta él mismo: al principio del año de 1553 entró en este Nuevo Reino el Señor Obispo Fray Juan de los Barrios, del orden de San Francisco, el cual trajo consigo a mis padres (7) que eran —según lo manifiesta en el título de la obra— de los Freiles de Alcalá de Henares en los reinos de España y de los primeros pobladores y conquistadores de este Nuevo Reino.

La partida de bautismo tomada del archivo de la Parroquia de San Pedro, de Bogotá, reza así:

“Libro segundo del bautismo de esta santa Iglesia arzobispal de esta ciudad de Santa fé de este Nuevo Reino, desde el 5 de enero de 1566”, Folio 3).

“Juan, a 7 días del mes de maio de 1566 baptize yo juan descobar cura desta Sancta iglesia a Juan hijo de juan Freile i de su legitima muger Catalina Rodz. Fue padrino Alo de Olalla i

madrina Juana Lopes de Herrera hija del dicho Alo de Olalla. Fueron testigos Lido de maiorga y Gonzalo (ilegible) i porque es Vdad la firma de mi nombre Jioan descobar" (8).

En sus primeros años estudió en la escuela de Segovia, según lo cuenta en el capítulo XII (pág. 108). Más tarde, cuando gobernaba Lope de Armendáriz lo encontramos estudiando gramática (9). Durante su juventud combatió con los pijao: gasté —nos dice— los años de mi mocedad por esta tierra, siguiendo la guerra con algunos capitanes timaneses (10).

En 1585 lo encontramos en España. Emprendió viaje en compañía del Licenciado Alonso Pérez de Salazar. En España vive al rededor de seis años. En 1589 nos dice que se halla "en estas ocasiones en Castilla" (pág. 157). En Sevilla ve el despliegue de soldados que se preparaban para defender a Cádiz del ataque del corsario inglés Francisco Drake. Cuando: partió —nos dice— el socorro para Cádiz, unos por tierra, otros por el agua; y no fui yo de los postreros, porque me arrojé en un barco de los de la vez, de un amigo mío, y fuimos de los primeros en llegar a San Lúcar, y de ella por tierra al puerto de Santa María, desde donde se veía la bahía de Cádiz y lo que en ella pasaba (11). Después vuelve a este reino. Y he recorrido —nos dice— mucha parte de él, y entre los muchos amigos que tuve fue, uno don Juan, cacique y señor de Guatavita... y me cortó estas antigüedades y las siguientes (12). Las Antigüedades y las siguientes a que se refiere son referentes: a los caciques Guatavita y Bogotá y a el "engañoso nombre del Dorado".

Sabemos que contrajo matrimonio, el cual fue bendecido por el ilustre arzobispo Bartolomé Lobo Guerrero.

Es en 1636 cuando principia a escribir su obra. Tiene setenta años. Escribe con el fin de "dar noticia de la Conquista de este Nuevo Reino y de lo sucedido en él desde que sus pobladores y primeros conquistadores lo poblaron... para que del todo no se pierda su memoria ni se sepulte en el olvido" (13).

Como vemos, pocos son los datos que se tienen acerca de la personalidad de Rodríguez Freile. Ricardo Nieto Navia —Al Margen del Carnero— nos lo describe así: hombre semi-místico y semi-donjuán, resentido de su sociedad, de su vida, de todos los goces posibles hasta la obsesión. Considerar que Freile fue en su juventud aspirante al sacerdocio y después soldado de los ejércitos españoles es tener una base para comprenderlo: es un filósofo, un experto de la vida, un moralista algo escéptico, impasible ante los hechos como quien conoce sus consecuencias... en él empieza a forjarse el clásico tipo bogotano con chispa y la sátira que lo caracteriza.

Rodríguez Freile no debió ser hombre de gallarda figura. Rafael Maya nos lo pinta así: gordo, obeso, calvo y poco atractivo en general, con fama de colérico o por lo menos malhumorado. Además un poco avaro. Todo esto lo pone Rafael Maya como una circunstancia que explica la parte amarga, sarcástica, dura y humorística de su conformación ética (14).

Sabemos que nació el 25 de abril de 1566; que acabó de escribir su obra en 1638. La fecha de su muerte no se conoce, pero se supone que aconteció poco después de haber concluído su libro.

Ahora entramos a considerar la obra de este cronista colonial.

XXX

La actividad literaria de Rodríguez Freile se plasmó, como lo hemos visto, en su libro sobre la **Conquista y Descubrimiento del Nuevo Reino**... más conocida con el nombre de **El Carnero** que fue escrito con el ánimo de tratar sobre lo acontecido en este Nuevo Reino ya que Fray Pedro Simón en sus escritos y noticias, y el padre Juan de Castellanos no lo hicieron, y —como lo dice en el prólogo **Al Lector** “aunque en tosco estilo, será la relación suscita y verdadera, sin el ornato retórico que piden las historias, ni tampoco lleva raciones poéticas, porque solo se hallará en ella desnuda la verdad, así en los que le conquistaron como en casos en él sucedidos. Si narra “desnuda la verdad” es con el fin de que lo sucedido en este Nuevo Reino de Granada “por lo menos no quede sepultado en las tinieblas del olvido lo que aconteció, así en su conquista como antes de ella (**Al Lector**), extrañándose de que se haya “puesto silencio en esta” conquista. Además de narrar la historia de Santafé y de Tunja las ciudades donde más se mantuvo y perpetuó el alma colonial, nos cuenta algunas cosas sucedidas en este reino y que son puestas no para imitarlas, sino para ejemplo, según nos lo advierte a lo largo de su libro. A Rodríguez Freile por narrar “desnuda la verdad” se le ha llegado a considerar —su obra— como inmoral y según Rafael Maya hay efectivamente en él capítulos de verdadero libertinaje. Pero si allí encontramos pasajes escabrosos no debemos olvidar que fueron puestos para que los hombres miren bien lo que hacen en semejantes casos y sirvan no para imitarlos sino para ejemplo según nos lo advierte desde el principio del libro. También se puede ver que al lado del pasaje escabroso se halla la máxima moralizadora ya sea con palabras de San Agustín, o Séneca, de San Gregorio o Marco Aurelio, de Fray Luis de Granada o de Horacio, textos de las Escrituras o sus propias palabras llenas de ingenuidad y castizas o de una gran fuerza, por ejemplo cuando nos dice que: la virtud es un alcázar que nunca se toma, vía que no le vadean, mar que no se navega, fuego que nunca se mata, tesoro que nunca se acaba, ejército que jamás se vence, espía que siempre torna, atalaya que no se engaña, camino que no se siente y fama que nunca perece (15).

A lo largo de los veintiún capítulos de que consta el libro sus escenas se desarrollan en torno a dos palabras: **Amor** y **Honor**.

El honor, carácter predominante de la literatura clásica. El honor —según lo anota Nieto Navia: —**Al Margen del Carnero**— por el que un rey decía a un caballero en una pieza de Ruiz de Alarcón:

*Levantad, ejemplar raro
De fortaleza y valor,
Alto blazón del honor,
De nobleza espejo claro.*

El honor que hizo decir a otro caballero en una de Lope:

*¡Maldito seas, oh honor,
Desastrosa invención humana
Y opuesto a las leyes naturales!
¡Ay de aquel que te ha inventado!*

Estos son los dos caracteres —nos dice Nieto Navia— del honor en la literatura clásica de España, pueblo que hizo de él una religión.

Pongo como ejemplo de esta opinión de Nieto Navia los versos de Calderón de la Barca puestos en boca de Pedro Crespo —personaje de El Alcalde de Zalamea—:

*“Al rey la hacienda y la vida
Se ha de dar, pero el honor
Es patrimonio del alma
Y el alma sólo es de Dios”.*

Sin embargo Vélez de Guevara ha dicho:

*... Bravo trance
Entre el amor y el honor
Que ambos a dos se combaten.*

Y esto es lo que sucede en los escabrosos episodios de Rodríguez Freile, en *El Carnero*; episodios en los que los hombres pisotean el honor por el amor o la pasión.

Y prueba de esto lo vemos por ejemplo en los capítulos XIII, XIV y XV, en los cuales se desarrollan escenas en las que el honor es pisoteado por el amor. Pero no por el amor que diviniza a los hombres y que hace que los dioses se humanicen por su influencia, de ese amor que hizo que los hombres crearan a los mismos dioses. Sino por el Amor que hace del hombre semejante a la bestia, que le entorpece el pensamiento... Y es así como Rodríguez Freile nos lo define: “El amor es un fuego escondido, una agradable llaga, un sabroso veneno, una dulce amargura, una deleitable dolencia, un alegre tormento, una gustosa y fiera herida, y una blanda muerte. El amor, guiado por torpe y sensual apetito, guía al hombre a desdichado fin, como se vio en estos amantes. El día que la mujer olvida la vergüenza y se entrega al vicio lujurioso, en ese punto muda el ánimo y condición, de manera que a los muy amigos tenga por enemigos, y a los extraños y no conocidos los tiene por muy leales y confía más de ellos” (16), y es por ello que llama a la mujer” arma del diablo, cabeza de pecado y destrucción del paraíso” (17). Y por esto nos dice: “qué caro le costó a Adán la mujer, por haberle concedido que se fuese a pasear; y qué caro le costó a David el salirse a bañar con Betsabé, pues le apartó de la amistad de Dios; y a Sansón la de Dalila, pues le costó la libertad, la vista y la vida; y a Troya le costó bien caro la de Helena, pues se abrazó en fuego por ella, y por Florinda perdió Rodrigo a España y la vida” (18).

Rodríguez Freile es también un gran moralista, esto lo podemos observar a medida que vamos avanzando en su lectura. Continuamente nos capta la atención —por decirlo así— con máximas ya sean de las Escrituras, de San Agustín, San Gregorio, Marco Aurelio, Séneca, Horacio, Virgilio o Fray Luis de Granada o pasajes que son de gran fuerza moralizadora. Donde más citas de estos señores se hallan es en el capítulo XX. También por medio de ejemplos reales nos hace ver los daños que causa —por ejemplo— el tomar en exceso vino (capítulo XVII). Por último podemos considerar el capítulo XXI como uno de los más moralizadores de esta obra.

En este aspecto la obra de Rodríguez Freile tiene un carácter ético que predomina y el cual se encarga su autor en hacer resaltar a cada paso. Es curioso —dice Rafael Maya— la mezcla de libertad y devoción, de malicia y de escrúpulo, de socarronería y de puritanismo.

Pero a pesar de esto es una obra sana en el fondo. Y de esto nada más, para emplear una frase suya.

Ahora bien “vengamos a la historia, que pasa así” para emplear otra frase de Rodríguez Freile. Y con esto entro a considerar el valor histórico de *El Carnero*. Como ya lo he dicho atrás la obra es una “relación sucinta y verdadera” de lo acontecido en este Nuevo Reino, según lo manifiesta *Al Lector*.

Luego nos dice: “Este (Virgilio) fingió, y los demás poetas hacen lo mismo, como se ve por sus escritos; pero los cronistas están obligados a la verdad. No se ha de entender aquí los que escriben libros de caballerías, sacadineros, sino historias auténticas y verdaderas, pues no perdonan a papas, emperadores y reyes, y a los demás potentados del mundo, por guía la verdad llevándola siempre. No me culpe nadie si lo dijere yo, para cuya prueba desde luego me remito a los autos (19). Diré “lo que vide y lo que oí” (19).

Rodríguez Freile insiste en que se le crea, pues se propone a decir “desnuda la verdad” de lo sucedido ya por parte de los conquistadores, ya en casos sucedidos en este reino. Con ello comprueba su deseo de que se le crea y de que no se le juzgue mal en la posteridad.

Teniendo una visión de lo que vendría a representar su obra nos dice: “Páreceme que algún curioso me apunta con el dedo y me pregunta, que de dónde supe estas antigüedades, pues tengo dicho que entre estos naturales no hubo quien escribiese, ni cronistas. Respondo presto... que nací en esta ciudad de Santafé... Mis padres fueron de los primeros conquistadores y pobladores de este Nuevo Reino. Fue mi padre soldado de Pedro Ursúa... Volví (recordemos que estuvo seis años en España) a este Reino y he recorrido mucha parte de él y entre muchos amigos que tuve fue uno don Juan, cacique y señor de Guatavita... el cual... me contó estas antigüedades y las siguientes” (20). Referentes a la vida de los indígenas de Cundinamarca.

También nos remite al “reverendo Fray Pedro Simón en sus noticias historiales —y al— padre Juan de Castellanos en sus elegías y escritos... donde el lector que lo quisiere saber lo podrá ver”. En casos de juicios seguidos nos remite a las actas que él ha consultado y que se guardan en los archivos.

Aunque Rodríguez Freile se propone decir la verdad, su obra adolece en parte de esta virtud. Así vemos que ofrece muy poca seguridad tanto en fechas, como en personajes y en fundación de algunas ciudades.

A mi modo de ver estos errores que presentan en esta obra son fácilmente corregibles, no debemos olvidar que: “Rodríguez Freile —dice Antonio Gómez Restrepo— nos comunica más estrechamente con la colonia que los analistas de virreyes, presidentes y prelados, y el historiador Acosta nos dice que la obra en lo referente a los acontecimientos peculiares a Santafé en la segunda mitad del siglo XVI es muy interesante porque nos da a conocer con hechos el estado de la sociedad y las costumbres de aquella época, en un lenguaje sencillo y perfectamente local” (21).

Gómez Restrepo afirma que: “los relatos de *El Carnero* levantan una punta del velo de la crónica íntima de aquella sociedad. Un libro célebre de Barrés, viene a la memoria para caracterizar esas páginas, porque tales episodios chorrean sangre, y esta fue vertida por obra de la pasión desordenada y ardiente, que convierte en hermanos al amor y la muerte... Allí aparece sin máscara aparatosa el verdadero carácter de una época (22).

Y Rafael Maya refiriéndose a este mismo aspecto nos dice que por el modo de interpretar los sucesos, la filosofía vital que aplica al discurso histórico, ya son cosas de ahora, tema de nuestros días. Por este lado Rodríguez Freile se adelantó a la literatura escéptica, humorística y un poco volteriana de fines del siglo XIX (23).

Bien. Sea cual fuere el puesto que se le asigne a la obra de Juan Rodríguez Freile: “*El Carnero*”: es una de las fuentes más ricas para consultar el ambiente colonial de nuestro país, siendo una de las obras más solicitadas. Y la cual no se ha escapado del plagio. Mas no se olvide nunca que:

*“Fantástica leyenda de vestigios...
Del paso de los siglos,
Cuento, verdad o fábula o memoria...
Y absurda, gigantesca profecía
De que un pueblo se muere cada día
Y con un pueblo un Dios...! ESA ES LA HISTORIA (4).*

NOTAS

- (1) Véase J. Rodríguez Freile: *El Carnero*. Edic. de J. M. Hénao. Bogotá, 1936, pág. 3.
- (2) Germán Posada Mejía: *Nuestra América —Notas de Historia Cultural—* Inst. Caro y Cuervo. Bogotá, 1959, pág. 73.
- (3) *Ibidem*, pág. 75.

- (4) Ricardo Nieto Navia: **Al Margen del Carnero** —La República:— Suplemento Literario. Diciembre 16 de 1956.
- (5) Cfr. Antonio Gómez Restrepo: **Historia de la Literatura Colombiana** —4ª edición— Bibliot. de Autores Colombianos. Bogotá, 1956, T. II, Cap. VI, pág. 174.
- (5ª) Loc. Cit. G. Posada Mejía. Ob. Cit., pág. 75.
- (6) J. Rodríguez Freile. Ob. Cit. **Al Lector**. Pág. 19.
- (7) Idem. Cap. IX, pág. 73.
- (8) Idem. Texto citado por J. M. Henao en el prólogo. Pág. 7.
- (9) Idem. Cap. XIII, pág. 117.
- (10) Idem. Cap. XIX, pág. 188.
- (11) Idem. Cap. XVI, págs. 157, 159 y 160.
- (12) Idem. Cap. II, pág. 27.
- (13) Idem. Cap. I, pág. 21.
- (14) Cfr. Rafael Maya: **Estampas de Ayer y Retratos de Hoy** —2ª edición— 1958. Bibliot. de Autores Colombianos. Artículo dedicado a J. Rodríguez Freile, págs. 19 a 27.
- (15) J. Rodríguez Freile. Ob. Cit., Cap. XX, pág. 209.
- (16) Idem. Cap. XV, pág. 145.
- (17) Idem. Cap. XVIII, pág. 177.
- (18) Idem. Cap. V, ps. 39 y 40.
- (19) Idem. Cap. XI, pág. 100 y Cap. XVII, pág. 163.
- (20) Idem. Cap. II, pág. 27.
- (21) Idem. Cita traída por J. M. Henao, prólogo, pág. 9.
- (22) Ob. Cit., pág. 164.
- (23) Rafael Maya. Ob. Cit., pág. 26.
- (24) Federico Mendizábal: **Meditaciones del Infinito** — Versos 56 a 61.

Zipaquirá. 1960.